

LA CABRERA: LAS HU

No me olvidaré nunca del día en que llegué en coche, a través de un camino de piedras y polvo, a uno de los pueblos de La Cabrera Baja leonesa, a Benuza.

A partir de Ponferrada se entra en las tierras cabrerenses por Puente de Domingo Flórez, y es el mismo camino que escogió Carnicer para su marcha a pie por algunas de las tierras más pobres e inhóspitas de Europa. Puente de Domingo Flórez es el típico pueblo medio que ha podido desarrollarse a partir de su situación de puente entre una zona atrasada y marginada y el exterior, con bastante riqueza propia, pero, sobre todo, facilitando servicios comerciales e industriales a algunos de los pueblos occidentales de Las Cabreras.

LLAMADAS TAMBIEN (HURDES LEONESAS)

A medida que sales de Puente de Domingo Flórez y te adentras en las montañas, el paisaje cambia; el color, de verde y amarillo pasa a gris y ocre. Encuentras un río, el Cabrera, luego Pombriego, el primer pueblo de La Cabrera Baja. En seguida comienzas a ascender por curvas, puentes y desniveles peligrosos, hasta Benuza. El terreno es seco, pedregoso, áspero, con poca tierra y escasísimos lugares llanos, excepto en la misma margen del río. El aire es puro; el cielo, abierto, luminoso, seco.

Benuza está en una ladera que mira hacia Orense. Pero si subes, esta vez a lomos de un mulo o asno, ya que existe un camino que es más bien un sendero amplio, con 518 metros de pendiente en tres kilómetros, cubres un mar de piedras agudas y resbaladizas, sin márgenes, peligrosísimo, llegas hasta la cumbre del monte Pedrafitas, de 1.518 metros de altitud, y te encuentras en uno de los lugares más pintorescos, bellos y agrestes de España. La panorámica te ofrece una serie de valles estrechísimos dentro de una veintena de montañas, de 1.500 a 2.000 metros, que forman la sierra de La Cabrera. A lo lejos, oteando Galicia por un lado y Castilla por el otro, aparece el monte Teleno, que, con sus 2.188 metros, encabeza la serie de cordilleras llamadas montes de León.

El cabrerense que me ha acompañado es de Silván, el pueblo que vemos al fondo, debajo de nosotros, junto a uno de los meandros del río. Se llama Antonio Alonso, y como venía de compras desde Benuza, se ha brindado a llevarnos a lomos del mulo. Antonio es joven, tiene treinta y dos años, pero parece tener cincuenta. Viste como todos los hombres de la zona: pantalones en pana negra y jersey verde, zurcido en algunos sitios. Es simpatísimo y vivo. En un alto y fatigados, nos ponemos a des-

cansar: él saca pan y queso y yo algo de salchichón y uva. Comemos un bocado y charlamos. Para confraternizar conmigo, Antonio me dice que ha estado emigrado en Suiza durante dos años, y que ahorró casi 200.000 pesetas, con las que ha construido una nueva casa y ha comprado algo de ganado vacuno. Me asombra un poco e intento indagar si es verdad, y ante mi duda, incluso me suelta algunas frases en francés y me cita la po-

león, Ponferrada o Astorgal, ¿sabe? No quieren saber nada con los chicos de La Cabrera, tienen miedo de echarse novio y tener que quedarse aquí para siempre».

Encontramos al guardador de un rebaño de cabras, ovejas y carneros. Va acompañado de un perro mastín que primero nos ladra y luego viene a olernos. Nos saludamos. Observo que este pastor habla con cierto acento berciano, o sea, gallego-leonés. Estamos en un mundo

ditos, asistencia y ayuda. «Ni la Iglesia nos ayuda, ¿sabe?».

El amigo de Antonio sabe lo que dice: ha sido alcalde durante unos años y ha bregado mucho sin resultado, sin poder impedir ni la emigración ni la marginación. Se ha convertido en un hombre rencoroso y duro, increpa a la sociedad, a las autoridades, expresa el sufrimiento y dolor de una comarca marginada por la sociedad desde tiempos inmemoriales.

Me acompañan un rato, pero no quiero avanzar más. Nos despedimos y cada uno se va por su lado. Ando un poco, subo y me siento en la cima del Pedrafitas. Observo con prismáticos todos los valles, los pueblos, los rebaños aquí y allá. Las casas cabrerenses son de pizarra y piedra; la iglesia no aparece por ninguna parte, a no ser que sea una casa más. Tampoco vemos coches ni motocicletas. Si algún mulo y muchos asnos. Allí en un corral veo una pareja de cerdos; una mujer de negro les echa hierbas y patatas. Ahora puedo percibir unos niños que juegan con piedras a la

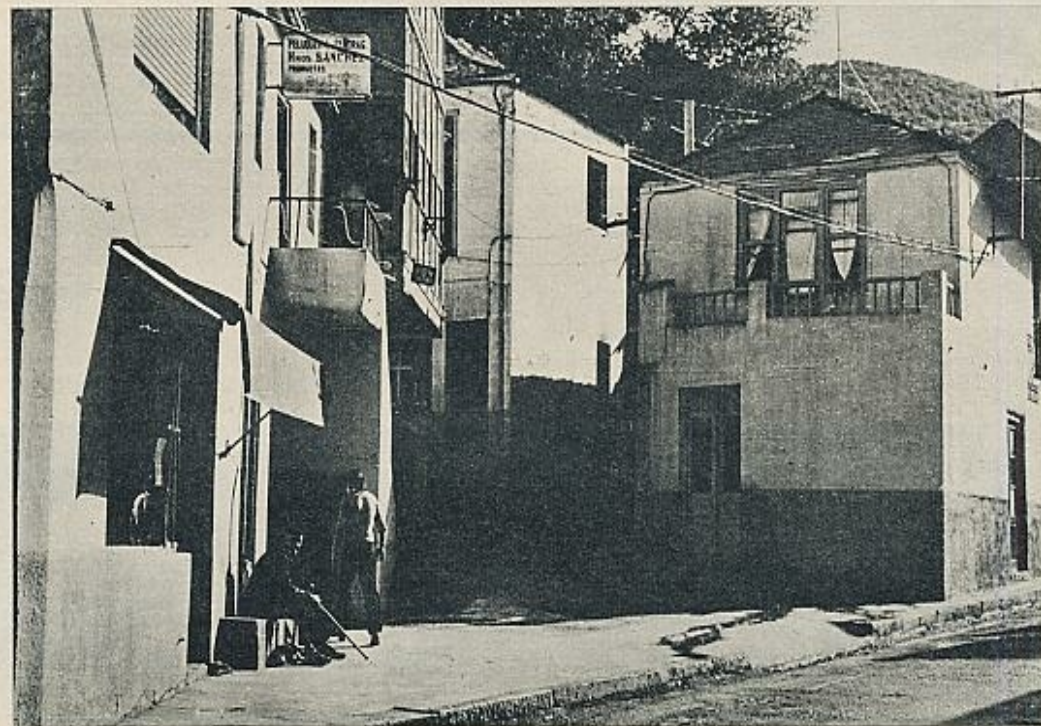
MIGUEL ROIZ

blación en la que estuvo trabajando de vaquero, en la Suisse Romande. Ha vuelto al pueblo porque le gusta vivir allí y porque tenía la mujer. Ahora se dedica a la ganadería, tiene tres vacas lecheras. Ha tenido oportunidades para irse con la familia a trabajar a Ponferrada como obrero, pero no ha aceptado. «Mi pueblo es mi pueblo», dice.

Este hombre viene hablándome todo el camino de los problemas

distinto, en la realidad pura; se utilizan construcciones arcaicas y vocabulario curioso. Hoy es la vepera, o sea, el turno de guardar el ganado, para este hombre. Es de un pueblo llamado Sigueya y conoce a Antonio y a su familia. Hablan de sus mujeres e hijos. Luego se dirige a mí con cortesía acompañada de sorna:

—¿Viene usted también a ver esta jaula de fieras?



Estas tierras leonesas han tenido una gran regresión demográfica, tanto por causa de la emigración como por la baja de nacimientos provocada por la ausencia de matrimonios jóvenes.

de su pueblo, que son los de toda la comarca, de alto nivel de autoconsumo, que no permite una alimentación mínima de subsistencia; de la poca o nula productividad de la escasa tierra junto al río, de la extrema inclemencia del tiempo (nueve meses de doce), de la emigración, de la falta de juventud, de «muchachitas». «¡Se van a servir a

Estoy aturrido; este pastor tiene conciencia de sus problemas y los de su medio, y también de las imágenes del medio en el mundo exterior, en España. Sigue hablando y hablando de problemas; se queja de los caciques, «que todo lo quieren para ellos»; de los organismos oficiales que «prometen y no dan nada»; de la falta de cré-

rayuela. Todo es piedra en La Cabrera, todo es duro y no hay lugar para los sentimientos. Miro hacia la entrada de La Cabrera, y unas manchas rojas, una serie de montañas rojas y horadadas, son las ruinas de Las Médulas romanas, las minas de oro nombradas en la Historia, mecanismo y reminiscencia de explotación y explotación de los

RDES LEONESAS



A partir de Ponferrada se entra en las tierras cabrerenses por Puente de Domingo Flórez.

esclavos españoles y cabrerenses de antaño.

No hay historia en La Cabrera, no ha pasado el tiempo, o ha pasado tan poco, que no se percibe. Aunque la gente se acuerde de «la guerra», es decir, de la guerra civil. También de la posguerra y de las correrías de los guerrilleros mandados por Girón que, huyendo de la Guardia Civil, muchas veces se adentraron por estas tierras. Antonio me ha contado que su padre luchó en la guerra, que se sentía contento porque había podido con-

tar cosas de interés a sus hijos.

Estas tierras leonesas han tenido una gran regresión demográfica, tanto por causa de la emigración como por la baja de nacimientos provocada por la ausencia de matrimonios jóvenes. Detallamos un cuadro de la evolución en los últimos diez años, teniendo en cuenta que consideramos Cabrera estricta sólo los tres Ayuntamientos de Benuza, Castrillo y Encinedo, aunque pertenezca, parcialmente, también a los de Puente Domingo Flórez y Truchas.

Municipio	Población 1960	Población 1970	Porcentaje de baja (%)
Benuza	2.463	1.470	40
Castrillo de Cabrera	1.470	829	43,6
Encinedo	2.316	1.872	19,1
TOTAL	6.249	4.171	34,8

Esta baja tan acentuada estos años había ya comenzado en 1950, y con ritmo progresivo de año en año hasta la actualidad, en que se ha parado, por saturación, o sea, ausencia casi completa de jóvenes solteros. Me pregunto si los niños de hoy querrán continuar aquí en el mañana. ¿Quién y cómo les impedirá pasar las montañas? Aparte de que cada vez hay menos niños, ya que la tasa de natalidad en 1960 era del 17,98 por 100 en Benuza, por

ejemplo, similar a la de los restantes municipios y decreciente.

La densidad de La Cabrera, teniendo en cuenta que la superficie de los tres municipios es de 481,15 kilómetros cuadrados, da en 1970 una media de 8,6 habitantes por kilómetro cuadrado, sin duda la media más baja de una comarca española, todo consecuencia de esta marginación, falta de posibilidades, firme voluntad de no querer vivir allí y de huir, esca-

par lo más rápidamente posible.

Otro factor que agrava esta baja densidad es la extrema diseminación en núcleos, similar a la gallega, aunque por otras causas. En 1970, las 4.171 personas estaban viviendo en 24 pueblos. Digo 24 núcleos distintos y no me equivoco. Estadísticamente, hay cuatro núcleos de menos de 100 habitantes, diez de 100 a 200, ocho de 200 a 500 y sólo dos de más de 500 habitantes, que son La Baña y Yebra.

El primer informe moderno sobre la situación de Las Cabreras tuvo lugar en 1932, meses después de la proclamación de la República. Se centraba su crítica y las recomendaciones de acción en tres aspectos vitales: las comunicaciones, la sanidad y la cultura.

Posteriormente, en 1964, Cáritas Diocesana llevó a cabo un estudio sociológico, y en 1965, la Diputación Provincial amplió el estudio y lo publicó bajo el título de «Informe oficial sobre Las Cabreras leonesas». Estos trabajos sirvieron de base para plantear la necesidad de estructurar un Patronato para Las Cabreras. La realidad es que no ha habido acción verdadera. Se dice, después de analizar con metodología distante, de oficina, datos y datos, algunos de los problemas, que no hay solución, que habría que erradicar a la población, sobre todo a la que vive en lugares y aldeas, y concentrarlos en

pueblos grandes. Otra alternativa sería la de trasladarles, con seguridad de vivienda y trabajo, a otras comarcas. En el fondo subyace el no afrontar directamente el problema, ya que opinan que no hay forma de conseguir un desarrollo agrícola por falta de tierra. Todo se ha valorado desde el punto de vista de la rentabilidad económica, lo que no es seguro que sea el que se hubiera tenido que adoptar.

El factor determinante de las escasas posibilidades de crear riqueza es, además de la falta de tierra, el clima y la altitud, que no permite nada más que una gama estrecha de cultivos, generalmente los de tierras pobres. El frío extremo obliga a que las viviendas sean de piedra, y piedra espesa, con escasos huecos, sin ventanas y con teja de pizarra, materiales que se sacan en el mismo territorio. La estructura de las viviendas es similar a las de El Bierzo, con una o dos plantas y, generalmente, con escalera exterior que da al patio o corral. En el piso bajo está la cuadra en un lado, y la cocina-comedor en el otro, separadas a veces por un muro, pero a menudo por un simple tabique o unas tablas. La cocina es similar a la gallega, de suelo y base de piedra pura. En el piso están las habitaciones y los graneros.

No se encuentran casas nuevas, excepto en alguno de los pueblos grandes, concretamente en La Baña, junto al lago, un hermoso lugar con

LA CABRERA: LAS HURDES LEONESAS

posibilidades turísticas y ganaderas. El único dinero para la innovación procede de la emigración, ya que no hay otro mecanismo o fórmula para acumular un mínimo de dinero. Son estos cabrerenses, como Antonio, los que intentan plantear un pequeño desarrollo e innovación, que no es más que una solución familiar. Además, ¿para qué mejorar las viviendas antiguas o construir nuevas cuando no hay posibilidad ni de poder introducir agua corriente ni servicios higiénicos?

Hay un alto grado de analfabetismo. En el municipio de Encinado salía más del 20 por 100, por la incidencia de la población vieja en el total. Hay mucho absentismo de los niños en la asistencia a la escuela y, además, por la escasez de maestros, que, aunque cobran suplemento del Patronato de Las Hurdes, no quieren ir a vivir y enseñar en Las Cabrerías.

Se estima que sólo del 1 al 2 por ciento del total de la superficie es cultivable. El cultivo se da casi siempre en zonas bajas, márgenes de ríos y alguna que otra ladera cercana a los pueblos. Destacan las limitaciones ya observadas de «falta de hospitalidad» del medio natural, ecológico, que es una de las más serias resistencias a un cambio económico y humano. Sin embargo, hay que reconocer que el cultivo es sólo uno de los medios posibles, que hay también que intentar el turismo, la silvicultura y la ganadería.

En las vegas y cercanías del río y de los arroyos se concentra la propiedad de la tierra, que está repartida de forma minifundista, además de que cada propietario tiene siete u ocho parcelas en distintos sitios, habiendo un gran problema de servidumbres de tránsito entre parcelas. Hay escaso cooperativismo y ninguna explotación agraria o ganadera industrial innovadora. En estas vegas se cultiva maíz, cebada, patatas, patenses y productos de huerta y frutales, en régimen de regadío por medio de las presas del río. Como ejemplo del minifundismo detallamos que en el municipio de Benuza la extensión media de las parcelas es de 0,20 hectáreas y que el labrador medio cultiva unas 0,25 hectáreas de regadío. El terreno de secano es más extenso y las parcelas mayores, comenzando en las partes bajas y subiendo por las laderas, con incomodidad para el arado y cosecha, y sólo puede ser trabajado por animales duros.

En estas condiciones no puede haber agricultores «ricos», aunque hay diferencias de propiedad. Son normalmente los agricultores con propiedad media los que se han quedado a malcultivar el «capital». Los verdaderos poderosos son los caciques, realmente comerciantes e intermediarios, que controlan el

mundo interno por sus relaciones con el exterior, así como por ser los únicos que tienen cierto fondo de maniobra económica, y acostumbran a prestar dinero y vender a crédito, utilizando el comercio como un medio político de opresión.

En secano se cultiva también trigo, centeno y lino. Ves algún que otro viñedo medio seco y poco productivo. La rentabilidad general de la tierra, sin utilizar más que el abono animal, sin técnica y con un período larguísimo de heladas, es muy baja y, además, con desequilibrios según los años.

La forma de cultivo es la típica de las zonas montañosas de León y Galicia; o sea, la pequeña empresa familiar agraria, que acumula mano de obra familiar con fines productivos de subsistencia. En La Cabrera trabajan todas las muje-

da en los establos, y en verano y primavera pasta por los montes y terrenos comunales. Se utilizan las yuntas de vacas, bueyes y mulos para la agricultura y no hay prácticamente tractores, ya que la forma del terreno tampoco lo permite y, además, «no hay dinero para esta audacia». La rentabilidad del ganado de trabajo y renta es muy baja, aunque es importante también el lanar y de cerda. El obstáculo es la falta de importancia, ya que siempre es a nivel doméstico, familiar. El pastoreo se hace en común y por turnos de vigilancia. De la venta de los terneros o cerditos es de donde procede el escaso dinero necesario para comprar al año algunos artículos de consumo necesarios, pagar el tendero y pagar las contribuciones.

No hay industria, ni siquiera artesanal, excepto algún molino y la



Un problema tan global como éste necesita respuestas globales.

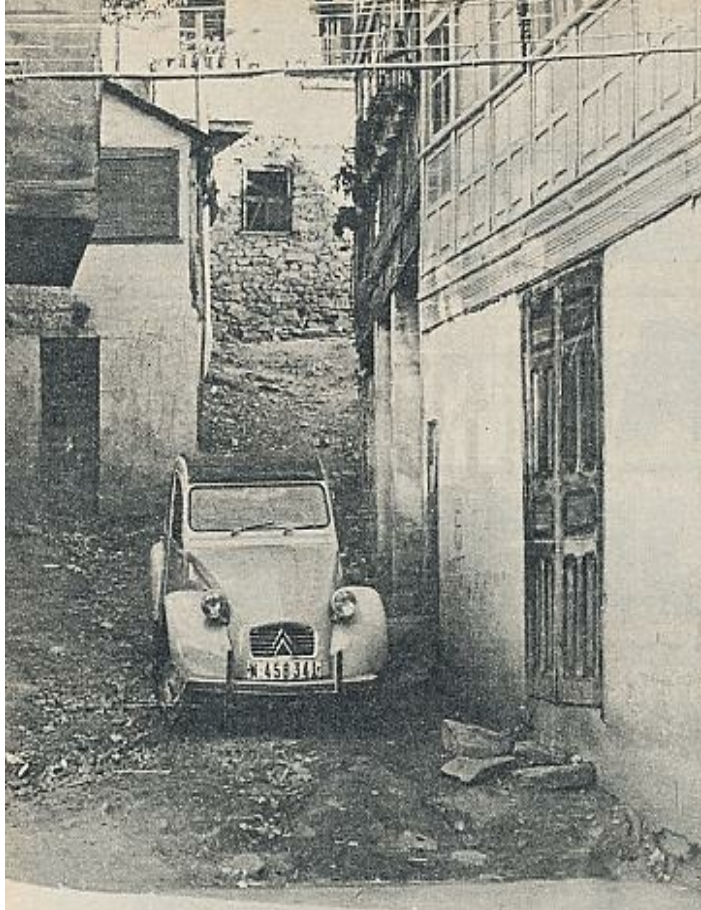
res; las he visto rastrillar, escardar y segar trigo y centeno. Los niños también cuidan ganado, recogen grano y productos de huerta, dejan la escuela por el pastoreo y al maestro por el monte.

La ganadería es mixta; en determinadas épocas del año, en pleno invierno, está estabulada, encerra-

da tradición de hilar y tejer lino, que se está perdiendo y que es realmente otra forma de autoconsumo, ya que se teje para el propio consumo familiar. El comercio es mixto y pequeñísimo: la tienda del pueblo vende de todo, desde servir vasos de vino y coca-colas, a vender café y delantales, pasando

por rastrillos, tabaco y periódicos. Y aun así no hay comercio en todos los pueblos, sino únicamente en los importantes, por lo que los cabrerenses tienen que trasladarse en mulo o asno de tres a ocho kilómetros para hacer las compras mínimas de aceite o cerillas.

El autobús sólo lleva a Encinado



El único dinero para innovación procede de la emigración, ya que no hay otro mecanismo o fórmula para acumular un mínimo de dinero.

y Quintanilla de Losada, en La Cabrera Alta. Con Land-Rover se puede cruzar toda la comarca en verano, pero con peligro y aventura.

Resumiendo, los problemas más importantes son el retroceso demográfico de la nupcialidad y natalidad, la elevada mortandad de las clases de edades avanzadas, la endogamia de lugar o casamiento dentro de un grupo reducidísimo, por lo que la consanguinidad no se puede evitar y la degeneración de la especie, evidente. Asimismo hay mala alimentación y sanidad. El analfabetismo medio de la comarca puede alcanzar casi el 40 por ciento, y al salir de la escuela, el nivel de conocimientos es insuficiente por el cambio anual de maestros; hay deficientes comunicaciones por carretera y falta hasta teléfono en la mayoría de los pueblos; los profesionales se inhiben de los problemas, y las consecuencias son cerrar el círculo total de la marginación, esperar el colapso desde dentro.

Por parte de la Administración no se han planteado acciones básicas de cualquier tipo, aunque sabemos que se ha hablado y se ha visitado la comarca por técnicos, con vistas al estudio de sus posibilidades. Se necesitaría replantear y llevar a cabo un verdadero estudio sociológico de la situación actual y las tendencias internas.

Tengo ante mí vista un documento del verano 1968 del Concejo del pueblo de Castrillo de Cabrera, en reunión extraordinaria, en el que aparecen, entre otros, los siguientes problemas: el médico titular, residente en Nogar, no atiende a los enfermos aunque se le avise,

excepto en casos de gravedad evidente; el veterinario, a su vez, visita sólo cuando quiere el pueblo y cumple lo estricto, sin preocuparse realmente del estado del ganado; no hay mejora de las fuentes públicas, lavaderos ni canalización del agua del río, a pesar de que hay presupuestos aprobados por los organismos provinciales. También aparecen conflictos con la Hermandad Sindical, por demora en trámites del mutualismo agrario, y con las autoridades locales, ya que aun siendo Castrillo cabeza de municipio, no tiene alcalde ni secretarías residentes.

Otros documentos de Saceda y de Nogar dicen algo similar. Los mismos problemas hay en Odollo, Quintanilla, Llanas, Sigueya, Silván. No hay, a nuestro entender, un problema de subdesarrollo solamente, sino unido a otro de marginación, que se acepta por la sociedad y poderes nacionales y provinciales.

Las Cabrerías prosiguen su andar sin camino. La desigualdad campo-ciudad se mezcla con el desequilibrio comarcal y regional dentro de una misma unidad político-administrativa. Estas tierras no tienen expresión ni voz, aunque cuando asoman —y sólo como visitantes preocupado de la realidad—, te llaman, increpan, suplican. Las necesidades múltiples de estas gentes, que, al fin y al cabo, son un grupo más de españoles, deben tener una solución, que debe venir de fuera. Un problema tan global necesita de respuestas globales que debieran empezar por la educación y la economía y proseguir por la mejora del hábitat familiar y local. ■ M. R.

EGUILLOR

